

## TALLER

Introducción a la problemática  
del mundo contemporáneo

Profesor Titular: Ing. Agr. Carlos Mundt

3a clase

"Consumo e Identidad"

---

## V. Posmodernidad y Vida Cotidiana

### 1. Las Nuevas Tecnologías y la Fragmentación del Sujeto\*

Intentaré defender la hipótesis que expongo a continuación. Los sujetos nos vamos constituyendo a partir de las prácticas sociales y de los discursos de nuestro tiempo histórico. Estos discursos circulan por la sociedad dando cuenta de esas prácticas y coadyuvando a constituirlos. Nuestras prácticas -hoy- están dominadas por tecnologías sofisticadas y, en general, recientes. En cambio, nuestros discursos son herencias de prácticas ya perimidas o, al menos, cuestionadas. El choque entre las nuevas, tecnologías y los léxicos heredados han producido una fragmentación en los procesos de constitución de los sujetos y, por lo tanto, de identificación de nosotros mismos. Somos sujetos fragmentados o multifrénicos, lo cual no necesariamente provoca una situación alarmante. O, dicho de otra manera, lo alarmante se puede tornar estimulante, en sentido positivo. En la presente reflexión pretendo señalar algunas perspectivas de nuestra actual conformación como sujetos, es decir, señalar cómo nos autoidentificamos como sujetos a partir de nuestra vida cotidiana.

Me referiré en primer término a los dos léxicos heredados y hoy fragmentarlos a los que apelamos para dar cuenta de nosotros mismos: el lenguaje del romanticismo, utilizado comúnmente para dar cuenta de nuestra emotividad; y el lenguaje del modernismo, al que apelamos para determinar nuestra condición de seres racionales.<sup>1</sup> Ambos son productos de la modernidad. Pues el romanticismo es una contracultura moderna (crítica de la modernidad) de fuerte influencia cultural y cotidiana, expandida a comienzos del siglo XIX y con ramificaciones hasta la actualidad, mientras que el modernismo responde a una corriente artístico-científica, es decir, cultural, que se afianza en el paso del siglo XIX al XX y sigue marcando todavía su impronta en nuestra autoidentificación como seres organizados racionalmente. Y, en segundo término, me referiré a las principales tecnologías que le han dado su impronta específica a nuestro tiempo. Entre estas tecnologías se pueden diferenciar dos grupos fundamentales: las de bajo y las de alto nivel. Entre las primeras ubico el ferrocarril, el automóvil, los servicios postales públicos, el libro impreso de nivel masivo, la radiofonía, el cine y el teléfono. Y, entre las segundas, el transporte aéreo, la pantalla de televisión y de video, la computadora y toda su derivación digital. No debería olvidarse, por ejemplo, que la invención de las computadoras acontece durante la Segunda Guerra Mundial, momento crucial en el pasaje de una época a otra, es decir, de una modernidad declinante a una naciente posmodernidad.

Si se quiere pensar en esta nueva experiencia de la cotidianidad, cabe remitirse, por lo menos, a los acontecimientos surgidos hacia mediados del siglo XX, momento histórico en el que los cambios avasallantes, en las prácticas sociales y en la circulación de los discursos, alteraron casi todas las maneras cotidianas de relacionarnos con el mundo y con los demás. Por lo tanto, se ha alterado la manera de constituir nuestra propia identidad como personas. La identidad personal se conforma a partir de la confrontación entre los "modelos" que provee la realidad y nuestras propias valoraciones y conductas. La ciencia moderna ha pretendido que el mundo se compone a partir de entidades fijas y reconocibles. Otro tanto se supone que debe ocurrir con la constitución de las personas. Ahora bien, para mientras los modernos, en tanto racionalistas, los rasgos personales se manifiestan en el exterior de las personas, para los románticos, que apuestan a los senti-

Autor. Esther Díaz

mientos, la "esencia" personal se refugia en un interior oculto a los ojos. "Lo esencial es invisible a los ojos" dice El Principito de Antoine de Saint-Exupery, como respondiendo a un romanticismo del que ya no es contemporáneo.

Un paradigma moderno de creencia en identidades que se exteriorizan y pueden ser mensurables son los estudios de Cesare Lombroso, uno de los fundadores de la criminología, y su consumado modernismo inductivista de fin del siglo XIX. En la contrapartida romántica se puede citar el Werther, de Goethe, muriendo de amor, o el Woyzeck de Georg Büchner matando por amor. Heine, en el paroxismo del romanticismo (1832), le hace decir a su personaje: "Qué misteriosa es el alma humana: asomarse a ella produce vértigo".

Pero con anterioridad a estas contradicciones bipolares de la modernidad, existían modelos estables. Cuando los paradigmas identificatorios son fuertemente estables parece que las identificaciones personales casi no presentan inconvenientes. Platón, por ejemplo, establece que cada individuo permanece en la condición que la sociedad ya tiene preestablecida para él; de modo tal que la clase de los carpinteros producirá carpinteros, la de los marinos, marinos, y así sucesivamente. No hay moviidades sociales, todo es previsible y "ordenado". Las identificaciones son unívocas y se evitan las indefiniciones, tan temidas por quienes aspiran a ejercer poderes hegemónicos (como sin lugar a dudas pretenden fundamentar las teorías políticas de tipo platónico, por un lado, y de cualquier poder totalizante, por otro). La ventaja de las identificaciones fijas se cifra en lo tranquilizante que resulta que cada quien se avenga a modelos estables. Lo terrible de ese tipo de identificaciones es lo inamovible de la identificación. Su fosilización.

Pero la época actual no peca de identificaciones inamovibles sino más bien de la modificación casi permanente de los posibles parámetros de identificación. El mundo y la relación entre los sujetos han sufrido cambios profundos en lapsos cada vez más breves. Esto puede verse en todo tipo de relaciones, tales como las familiares, laborales, educativas o sociales en general. Y, aunque muchos son los motivos, haré hincapié específicamente en los cambios tecnológicos en tanto y en cuanto afectan de manera radical nuestras formas de ver el mundo y, por ende, de vernos a nosotros mismos. Por otra parte, como no podemos reverenciarnos ni a nosotros mismos ni al mundo sino a través del lenguaje, destacaré asimismo algunos usos reciclados que hacemos de los lenguajes heredados. Me referiré específicamente al lenguaje romántico y al moderno.<sup>2</sup>

Los cambios tecnológicos a lo largo del siglo han producido una alteración radical en nuestra forma de revelarnos a los demás y han cambiado la experiencia cotidiana de nosotros mismos. Considero que las verdades se construyen socialmente. En función de ello, las nociones de "verdadero" e incluso de "bueno" dependen de los dispositivos de poder que logran imponer socialmente sus propias creencias generando corrientes de opinión y -obviamente-de adhesión. Sin embargo, el cimbronazo social producido, entre otras cosas, por las nuevas tecnologías ha fragmentado o pulverizado los núcleos duros de ideas regulativas y rectoras de nuestros valores y conductas (caída de las ideologías).

Según el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, "los límites de mi mundo son los límites de mi lenguaje". Si esto es así, estamos asistiendo a una experiencia inédita: atravesamos circunstancias que todavía no podemos incluir realmente en "nuestro mundo" en tanto no

Autor. Esther Díaz

disponemos todavía de un léxico propio para referenciarlas. Por ejemplo, hasta hace dos o tres décadas ser "novio" significaba estar relacionado sentimentalmente con otra persona, hasta que llegara el momento crucial del matrimonio y la convivencia. Hoy, la gente convive con alguien a quien llama su "novio/a", o se le suele llamar con el mismo término a una relación virtual como la mantenida por teléfono, emisoras de radio, correo electrónico o chateo.

El lenguaje de la subjetividad es tanto más importante, porque no sólo sirve para comprendernos a nosotros mismos sino también como sustento simbólico de las relaciones humanas. Pero, como las nuevas tecnologías se desarrollan más rápidamente que los nuevos léxicos, asistimos a una suerte de destiempo. Este desencuentro se produce entre las nuevas formas de cotidianidad (surgidas de la eclosión de las tecnologías) y el lenguaje desde el que nos comprendemos a nosotros mismos.

Durante buena parte del siglo XX la subjetividad se constituyó con los dos lenguajes que llamo "heredados": el romántico para la emotividad, el moderno para la racionalidad. Desde el discurso racional, cada uno es responsable de sus propios actos. Esto conlleva la obligatoriedad de los deberes respecto de uno mismo y de los demás. Por otra parte, desde la emotividad, se constituyó un concepto de amor, en una relación de pareja, con la idea de una inmoralidad raigal para censurar a quien pretenda estar vinculado sentimentalmente a más de una persona. Además, la modernidad, en cualquiera de sus dos versiones (romántica o moderna) ha invertido mucho, demasiado quizá, en la singularidad indeclinable de cada individuo. Y hemos terminado creyendo que esto es sustancial y universalmente así.

No obstante, existen culturas en las que, de hecho, se dan otras formas de sensibilidad respecto de la persona y de las relaciones. Hasta la sensibilidad es una construcción social, no siempre coherente con las prácticas que la generan o, tal vez, complementaría de algunas de ellas. Respecto de esto, es digno destacarse que el romanticismo y su ensimismamiento en la interioridad es contemporáneo nada menos que de la gran expansión económico-industrial de principios del siglo XIX. Aunque, como contrapartida, esa expansión responde al desarrollo de la ciencia moderna, cuyo gran sustento teórico proviene de la Ilustración que es totalmente racionalista y, por lo tanto, antirromántica (obviamente que dicho de esta manera es un anacronismo, pues la ilustración ocurre en el siglo XVIII, y el romanticismo, en el XIX).

## Notas

\* La presente reflexión fue expuesta en la XXV Feria del Libro de Buenos Aires, en la mesa redonda "Posmodernidad y vida cotidiana", el 19 de abril de 1999.

1. Tomo este concepto de K. Gergen, *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós, 1992.

2. Como ya se aclaró antes, el romanticismo es también un movimiento moderno, pero crítico de la modernidad, por eso considero que resulta pertinente confrontar las diferencias entre sus discursos.